

PUBLICIDAD

Contra Arendt

El concepto de sociedad civil es un concepto premarxiano, que elude el análisis de las relaciones de poder y explotación de clase, las cuales hacen posible la constitución de un sistema político siempre potencialmente antidemocrático y por ende su deriva en un Estado autoritario



Protesta «No Kings» contra tácticas paramilitares del ICE y el fascismo rampante del gobierno de Trump, Los Ángeles, 14 de junio de 2025 -
Brian Cahn / Zuma Press / ContactoPhoto



Dylan Riley

05/10/25 | 6:00

Entre las muchas lecciones que nos deja el regreso de Trump a la Casa Blanca, hay una crucial que concierne a la sociedad civil: un concepto impreciso y frustrante, pero ineludible. Marx, tomando el concepto de la *Filosofía del derecho* de Hegel, donde *bürgerliche Gesellschaft* se refería de forma ambigua tanto al emergente ámbito del intercambio mercantil como a los *Stände* [estamentos] de finales de la Edad Media, trató de poner al descubierto su estructura subyacente y sus leyes de movimiento. Pero al realizar esta iluminadora ruptura intelectual, Marx dejó escapar parte de la importancia política y cultural de la esfera de las asociaciones y grupos de interés, que caracterizaba este «segundo nivel de la superestructura», encajado, como señaló Gramsci, entre la economía productiva y el Estado. (Es cierto que, en su análisis

Privacidad

del bonapartismo, Marx volvió a este significado anterior, contraponiendo el prepotente Estado absolutista tardío francés a la sociedad civil).

Existe un linaje separado que corre de Tocqueville, pasando por Durkheim, a la sociología política y la ciencia política contemporáneas. Esta genealogía giraba en torno a las virtudes de las estructuras intermedias, recordando en cierto modo a los poderes intermedios de Montesquieu, cuya función principal era contener los excesos de la democracia moderna, un régimen que, en opinión de Tocqueville, podía ser compatible con la libertad a condición de que existiera una esfera asociativa floreciente, sustituto funcional de las grandes familias dotadas económicamente por la monarquía del antiguo régimen. Fue Arendt quien fusionó las tradiciones marxista y tocquevilliana en su descripción del totalitarismo moderno, aunque no hay pruebas de que hubiera leído a Gramsci. Para Arendt, la condición primordial previa para la instauración del totalitarismo era la pulverización de la sociedad civil, la cual posibilitaba el aislamiento de la sociedad de masas, repleta de individuos desorientados susceptibles de ser manipulados por movimientos demagógicos de masas.

Tras unas pocas décadas de paréntesis, el concepto de sociedad civil volvió con fuerza durante el breve periodo de la década de 1990 que llegamos a conocer como el «fin de la historia» y que se caracterizó por una peculiar dualidad: la celebración de la derrota de la alternativa comunista y la ansiedad por la erosión de la democracia liberal en Occidente. La sociedad civil parecía relevante para ambos aspectos: para explicar el fin del socialismo de Estado y para ofrecer una receta para renovar el electoralismo marchito vigente en el centro del sistema-mundo capitalista. Ahora, el concepto de sociedad civil vuelve a estar en el punto de mira, aunque en un contexto muy diferente, ya que la intelectualidad liberal y los activistas de las ONG desempolvan con entusiasmo sus ejemplares gastados de *The Origins of Totalitarianism* (1951) y piden a la sociedad civil que resista la creciente amenaza autoritaria.

Timothy Snyder, cuya obra *On Tyranny: Twenty Lessons from the Twentieth Century* (2017) es la referencia obligatoria para los analistas políticos liberales de izquierda con pretensiones intelectuales, destaca la importancia de apoyar a «las organizaciones que se preocupan por los derechos humanos» para evitar «lo que Arendt describió como la degeneración de

una sociedad en una “turba”». «Es fundamental recordar, que la sociedad civil se ha levantado para derrotar amenazas antes y puede hacerlo de nuevo», señala Rebekah Barber, redactora de la revista especializada en ONG *Nonprofit Quarterly*. Su colega David Snyder está de acuerdo en que «en este momento de crisis cada vez más profunda, la sociedad civil debe actuar». Randi Weingarten, presidente de la American Federation of Teachers, y Amy Spitalnick, directora ejecutiva del Jewish Council for Public Affairs, definen la sociedad civil en *Newsweek* como una «red viva y palpitante de personas y organizaciones, que trabajan cada día para mejorar nuestras comunidades». Aquí la sociedad civil actúa, resiste e incluso vive y respira.

La sociedad civil, tal y como la entendía Gramsci, y tal y como no la entienden los liberales de hoy, es un terreno de lucha. No es, ni puede ser, un agente

Si Diario Red puede publicar lo que casi nadie más se atreve, con una línea editorial de izquierdas y todo el rigor periodístico, es gracias al apoyo de nuestros socios y socias.

Apoyar ahora



Diario Red

Apoyar

🌐 España ▼



América Latina **España** **México** Internacional Editorial Opinión Medios Armas para pensar Cultura Canal Red

este análisis adolece de una doble confusión: la primera atañe a la historia del totalitarismo, la segunda se refiere a lo que es la sociedad civil. En cuanto a la primera idea errónea, hay que destacar que, a pesar de las muchas ideas interesantes contenidas en *The Origins of Totalitarianism*, sobre todo en lo referido al imperialismo, su argumento central es en gran medida erróneo. En los dos países que produjeron regímenes indiscutiblemente fascistas en el período de entreguerras, Italia y Alemania, la sociedad civil estaba muy desarrollada antes de la conquista del poder por las fuerzas políticas autoritarias. En ambos países, las cooperativas, las iglesias, los

Privacidad

sindicatos, los partidos políticos y las sociedades de ayuda mutua habían experimentado un enorme crecimiento a partir de 1870. La idea de que la Alemania y la Italia prefascistas eran sociedades masivas atomizadas es falsa. ¿Y qué hicieron los fascistas con esta infraestructura organizativa una vez instalados en el poder? La ocuparon y la adaptaron a los fines de sus respectivos regímenes, lo cual encierra una lección importante sobre lo que es (y lo que no es) la sociedad civil. La sociedad civil, tal y como la entendía Gramsci, y tal y como no la entienden los liberales de hoy, es un *terreno de lucha*. No es, ni puede ser, un agente.

Esto es muy relevante para el momento actual en Estados Unidos. MAGA no quiera destruir el ámbito de las asociaciones y los grupos de interés, sino que pretende colonizarlo. No desalienta la participación cívica, sino que pretende promover sus propias formas de participación. Así, tras el asesinato de Charlie Kirk, J. D. Vance **exhortó** a los oyentes del podcast del primero a «participar, participar, participar», explicando que la sociedad civil «no es solo algo que emana del gobierno, sino que emana de todos y de cada uno de nosotros». Ryan Walters, antiguo superintendente de las escuelas públicas de Oklahoma, anunció su ambición de crear una sección de

Turning Point USA en todos los institutos y universidades del estado. Se trata de una lucha por la hegemonía que se libra en el terreno de la sociedad civil, no una lucha a favor o en contra de un ámbito (mítico) de consenso prepolítico y resolución práctica de problemas, lo que Gramsci habría llamado una guerra de posiciones.

Pero aquí radica una paradoja de la que los trumpistas parecen felizmente ajenos. Lejos de ejercer una gran influencia cultural como afirma la derecha, los intelectuales de izquierda y los progresistas estadounidenses llevan décadas aislados constituidos como una intelectualidad privilegiada, pero en gran medida irrelevante, alojada en el seno del complejo universitario-ONG. Aquí ha formado lo que Gramsci habría llamado una intelectualidad tradicional, que habla consigo misma en su propio lenguaje arcano y por ende coloca a la izquierda en una grave desventaja. No es disparato afirmar que el intento del gobierno de Trump de destruir este *cordon sanitaire* es susceptible de crear las condiciones para que la intelectualidad de izquierda establezca un vínculo más íntimo en estos momentos con las fuerzas políticas y sociales antagonistas de las que actualmente se encuentra aislada. Si fuera así, Trump habría contribuido a la creación de un nuevo

príncipe moderno adaptado a la era de las redes sociales, la viralidad, la inteligencia artificial y la presencia omnipresente de la industria cultural. MAGA sería la partera de lo que más teme.

Recomendamos leer Dylan Riley, «[Sermones para príncipes](#)», *NLR* 143 y «[Después de la cultura de masas](#)», *Diario Red*.

Matthew Karp, «[Trump redux: De 2016 a 2024](#)», *Diario Red/New Left Review* 150, Anton Jäger, «[Hiperpolítica en Estados Unidos](#)», *Diario Red/New Left Review* 149, y Robert Brenner y Dylan Riley, «[Siete tesis sobre la política estadounidense](#)», *NLR* 138. Bernie Sanders, «[Trump y la política estadounidense](#)», *Diario Red*.

Este texto se ha publicado en [Sidecar](#), el blog de la [New Left Review](#), publicada en Madrid por el Instituto República & Democracia de Podemos y por Traficantes de Sueños.



ETIQUETAS: trumpismo, lucha de clases, Estados Unidos

Más en Armas para pensar



**En Nepal, la Generación Z
está haciendo una revolución**



**Asaltar la Global Sumud
Flotilla es ilegal y obliga a
actuar al Estado español**



**En Génova con los camalli:
¡bloqueemos Europa por la
liberación de Palestina!**



**La guerra secreta de
Francia en Camerún**



MEDIOS INTERNACIONAL CULTURA OPINIÓN CANAL RED

Privacidad

QUIÉNES SOMOS **LEGAL** **POLÍTICA DE COOKIES** **POLÍTICA DE PRIVACIDAD**

Redes sociales